

Campamento Korbach

“La modestia, la virtud y la honradez, cuando se entrelazan, dan forma a la corona de más precio, con la que puede engalanarse la frente de un hermano”.

¡Cuántos recuerdos vienen a la memoria, al mirar con detenimiento fotografías que reviven acontecimientos de los años pasados!

En una evocadora placa fotográfica, de casi cincuenta años, quedaron fijas las imágenes de quienes al inicio de labores, en esos primeros años, formaban el Cuerpo Médico y el de Enfermería del Hospital de Enfermedades de la Nutrición.

De ese grupo, se advierte en el extremo izquierdo, el rostro de un doctor que fue protagonista de un hecho memorable.

Pocos logran el reconocimiento de organismos mundiales; esto estimula, es importante, pero en realidad lo que cuenta, lo verdaderamente valioso, es la íntima felicidad de cumplir, de saber que el ejercicio profesional ha sido oportuno y útil a nuestros semejantes.

Como médico infectólogo-microbiólogo el personaje que figura en la fotografía mencionada desarrolla su especialidad en un campamento de refugiados de guerra. Deprime imaginar el lastimoso estado en que se encontraban esas gentes; desmoralizadas, desarraigadas, privadas de una efectiva atención médica, de todo aquello que se carece ante los estragos que traen consigo los conflictos armados. En ese refugio de hombres, mujeres y niños, el joven médico tuvo la prueba de fuego en el ejercicio de su profesión.



En aquel lugar de promiscuidad, falto de elemental higiene, lleno de miseria, con instalaciones semidestruidas; el doctor, diligente, laborioso, logró el respeto y la admiración de los confinados. Controló sus males, logró su salud. Los desplazados, que un principio se mostraban desconfiados a la atención que un médico extranjero les proporcionaba, después se rindieron ante el trato amable y efectivo de aquel doctor mexicano.

Seis meses de ardua labor, con el apoyo de un pequeño grupo de auxiliares, bastaron para transformar aquel centro de horror en una ejemplar obra de saneamiento.

Relatar las experiencias vividas en ese ambiente de congestionamiento y angustia llevaría numerosas páginas; sin embargo, es menester recordar con estas líneas lo significativo de este hecho, que permite equilibrar debidamente la valía del joven galeno.

Cuando llegó el día en que el competente profesional dejó el cuidado médico de los alojados en el campamento, cuando tuvo

que decir adiós a los confinados, pese a la precaria situación económica de aquellas gentes, le organizaron como muestra de agradecimiento un festejo.

Revivamos con ayuda de la imaginación parte de lo sucedido en ese inolvidable día de fiesta:

Es una luminosa mañana del mes de marzo, el grato aire de la primavera en un espacioso y aseado galerón;

el local luce adornos con los colores nacionales de México.

En ese lugar, se encuentran congregados dos mil quinientos refugiados que portan sus gastadas pero limpias vestimentas, el ambiente está lleno de sana alegría. Los desplazados platican, ríen, los niños han formado una valla ante un espacio abierto que corre hasta un estrado, junto a éste se levanta un improvisado altar. Por el portón del espacioso local aparece un grupo de personas que caminan hacia el estrado. El grupo lo formaban el jefe médico del campamento: Dr. José Ruiloba Benítez, su asistente el Dr. Paramonoff, comandantes militares de los campos vecinos de refugiados y un pequeño grupo de enfermeras de la ONU.

Los niños que formaban valla agitan, al paso del grupo, banderitas mexicanas de papel y entregan ramos de flores.

Después, tras el grupo, se abre el paso a un sacerdote que oficiará una misa, el ambiente se ha llenado de respetuoso silencio.

En el improvisado altar se celebra el servicio religioso, cuando la ceremonia termina, el sacerdote bendice a los presentes, éstos se saludan unos a otros en señal de hermandad.

El religioso dedica sentidas y elogiosas palabras para el médico que se despide, al final de su discurso exclama emocionado:

¡NOUS-NE-VU-OUBLIERONS-JAMAIS!

Como si esto fuera una señal, los congregados llenos de entusiasmo repiten y vitorean jubilosos;

¡VIVA MÉXICO! ¡VIVA EL DR. RUILOBA!

Improvisados grupos musicales entonaron cantos de su tierra, parejas de asistentes ejecutan sus bailes

típicos, todo, en honor del festejado. Se escuchan, también en español, canciones mexicanas: *Cielito lindo*, *Las mañanitas*, que cantadas en voces extrañas llenan el alma de nostalgia, de honda emoción, al recordar a la Patria lejana.

Hombres, mujeres y niños colman de pequeños regalos, de flores, de bendiciones al médico que se despide, al hombre que desgraciadamente ¡ya no volverán a ver!

Casi tres horas duró el emocionante festejo. ¡Todo esto conforma un cúmulo de vivencias que están grabadas en los sentidos del alma!

¿Se puede lograr mayor satisfacción?

En el correr del tiempo ¡Qué lejos han quedado aquellos días de 1946, la ciudad alemana del Karlsruhe, el Campamento Korbach!

El médico protagonista de aquel memorable suceso, al leer lo anterior, ha de evocar los gratos recuerdos de lo acontecido en ese lejano día; el festejo en que se confundieron las risas y las lágrimas de aquellas agradecidas gentes.

Los sobrevivientes y los que en aquel tiempo eran unos niños, han de guardar en su memoria la figura del joven médico que en ocasiones participaba en los juegos infantiles; han de evocar, seguramente, a sus padres, a la gente mayor, a sus pequeños amigos que en ese añorado día de fiesta exclamaban jubilosos ¡VIVA MÉXICO! ¡VIVA EL DR. RUILOBA!

Qué confortante el rememorar los tiempos felices, las horas que han llenado plenamente de emoción a nuestro espíritu; abrir la dorada cancela del pasado y recordar..... recordar.

Isabel González